

Iglesia, que tomaría con gusto á su cargo la comunidad *disidente*; se indicaban someramente los artículos principales de la nueva religión y de las doctrinas que inculcarían los *secesionistas*. Tan cuidadosamente se guardó el secreto de tales manejos, que la dama no los traslució de ningún modo, oyendo antes el estallido de la mina que sus preparativos.

Mistress Needle, John y Julia juzgaron cada uno según sus propias convicciones, mas para cada uno siguieron consecuencias inesperadas.

LXI.

UNA TERRIBLE DESGRACIA,
Ò SEA LA CAPILLA INDEPENDIENTE.

Una mañana, mientras mistress Needle se iba dulcemente apacentando con risueños pronósticos, exaltándose á sí propia por la feliz ocurrencia de haber promulgado nuevamente la bula de la Reina Victoria, fué de pronto á encontrarla el reverendo Star, que la dijo:—¿Oísteis, señora las novedades que corren por el país?

—No, repuso la Needle, preocupada por

el desaliento que leía en la frente de su pobre cura.

—Me duele ser el primero en anunciaroslas. . . .

—¿Algún incendio? ¿El cólera?

—Las dos cosas y algo peor. . . . ¡Una capilla independiente, repuso el cura.

—¡Una capilla independiente! ¿Dónde? ¿Aquí?

—Propiamente aquí.

Mistress Needle, como herida de un relámpago, y no queriendo caer en el rayo, preguntó:—¿Es cierto? ¿Cómo lo sabeis. . . ? Sentaos; contadme cuanto hayais oido decir: espero que será un embuste! ¡Una capilla independiente aquí! ¡En un lugar!

El ministro sacó de la cartera un papel que contenía el manifiesto sobre la nueva iglesia. Lo habían hecho circular no poco aquel día, y andaba en manos de muchos, si no con aprobación de todos, con indiferencia de los más. Aun los que no veían con buenos ojos surgir una rebelión contra la iglesia anglicana, no vacilaban un momento en culpar al ministro y á su potente protectora. Exclamaban:—Les está bien.—Ella y él merecían este agujero en su tejado.—Les viene como al asno su albarda.—A lo menos los de la nueva religión no

tendrán que tragar los evangelios manipulados por faldas.—Lo que preocupaba más al reverendo Star era el nombre del ministro *disidente* por quien leía suscrito el manifiesto Decía, en su virtud á mistress Needle:—Esta bomba está hecha locamente, y la temería yo lo mismo que si fuera de jabón, á no ver al reverendo Bird mezclado en la trama.

—¿Y lo está? preguntó la Needle, que aun no había leído la firma.

—¡Sí lo está! respondió el cura. ¡Ojalá no lo estuviese! Ved su nombre (lo mostró con el dedo); le vieron aquí días atrás, y anoche volvió con el último tren. Esta mañana sus manifiestos incendiarios volaban de mano en mano; los ocho ó diez señores que figuran á la cabeza de la conjuración, dan la cosa por hecha y cantan victoria.

—Lo peor es, observó la dama, que no descubro remedio. A persistir en fundar la abominación de Samaria contra el templo de Jerusalén, no hallaremos en las leyes ni un artículo que pueda salvar al pueblo del becerro de oro. Basta; no nos pongamos la venda antes del descalabro. Vos, reverendo, informaos y me direis quien dirige la conspiración verdaderamente; el lugar, el

tiempo y el modo con que se abrirá la capilla cismática; los autores principales y sobre todo las cómplices, si hay realmente alguna. También yo emplearé mis recursos si basta el dinero para desvanecer la tormenta, advertid que lo mismo me dará desembolsar una esterlina que ciento.—

He aquí cómo se había dispuesto la máquina de la capilla independiente. Los que se habían metido en la cabeza el pensamiento de sacudir el yugo del cura y de la patrona, esto es, los poquísimos que por su fortuna y oficio gozaban un poco de independencia, reunieron un conciliábulo en casa de un farmacéutico, donde pusieron fácilmente de acuerdo para fabricar una iglesia separada del templo común. La primera cuestión fué naturalmente la del dinero con que suplir los gastos del solar y de la fábrica. Para desventura de mistress Needle, uno de los más ardientes conspiradores poseía una casucha, bien situada en el centro de la población y de su calle principal: ansiaba, sobre todo, venderla, ganando, á la naciente sociedad. Lo que hacía más sabrosa y picante su proposición fué que la casucha estaba por tres lados metida entre otras viejas de la Needle, por lo cual la flamante iglesia surgiría

casi en terreno enemigo, llevando en su fachada como un cartel de desafío contra la intolerante señora y el prevendado de la Alta iglesia.—Esto, concluía diciendo, producirá rumor; grande y nosotros, para construir la capilla, tenemos necesidad, sobre todo, de meter mucho estruendo.—El partido se aprobó con entusiasmo.

A fin de reunir la suma para comprar el sitio y para otros gastos, se recurrió al medio ordinario de tales empresas: un empréstito de varios socios fundadores, hipotecado sobre la iglesia que debía levantarse. Estaba presente, llamado de lejos, el reverendo Bird, designado ministro del nuevo culto. Fué invitado para que admitiera la dirección suprema de la cosa, realizara el empréstito de su nombre, suscribiera la invitación y comprara el edificio que debían convertir en capilla. Le impusieron la condición de oír el consejo de sus acreedores en las cosas de mayor importancia, á la mayoría de votos y la de pagar el cuatro por ciento de interés por la suma que le sería confiada.

El ministro se rindió fácilmente á tales proposiciones por ser las mismas que durante mucho tiempo había soplado en las orejas de los demás. Sobre aceptarlas, sa-

cando un papel, dijo así:—Previendo, señores, que, por ser discretos y prudentes, estaríais conformes con el único partido posible y realmente eficaz, ó sea encargar solo á una persona que realizara vuestros planes; he borroneado aquí un minifiesto que podreis examinar cómodamente.—Leyó el manuscrito. Empezaba con una profesión de fe ardentísima en pro de la libertad de conciencia; en que hacía consistir el verdadero espíritu del protestantismo; afirmaba que tal era la persuasión de toda su vida y el tema de sus predicaciones favoritas, así como el dogma fundamental en honor del que se levantaba un nuevo santuario, independiente de toda jerarquía é influencia de personas particulares, fuera cual fuera su dignidad, sexo ó condición. Juntamente con la libertad del espíritu debía ir el buen orden y el reglamento, como dice San Pablo, por lo cual la Escritura sería el Código, y el *Book of the Common Prayer* el libro litúrgico de la comunión reformada. Si después el espíritu de Dios, que adaptase á los tiempos y á las personas, sugería á la comunidad alguna innovación ó mejora en los sagrados ritos, obraríase según el sufragio de la generalidad. Seguía la promesa de abrir el

templo al cabo de un mes, é inaugurar el *servicio* religioso con gran esplendor, correspondiente al culto divino.

Pareció á los socios el borrador admirablemente. ¿Cómo no? Tocaba todos los puntos necesarios, y contenía los requisitos indispensables para que hiciese fortuna: un ataque encubierto á la intervención de la prepotente dama, promesas de libertad sin licencia, poder á los adherentes de intervenir en las funciones, disminuirlas si era necesario, y aproximarlas al *ritualismo*. Debía, por consiguiente, atraer á los defensores de la secta y á los descontentos de buena fe, lisongeando á los anglicanos no entusiastas con los excesos de la soberanía espiritual de la Reina, y ansiosos de abandonar la fe mamada con la leche. Dejaba el documento además una gran latitud, que naturalmente seduciría mucho á los novadores, inclinados á enbellecer á la Iglesia protestante con los ornamentos de la Iglesia romana, y al mismo tiempo no eran repelidos los secuaces de la Baja Iglesia, deseosos de que triunfases sus opiniones especiales. Ponderadas bien tales cosas, dióse á Bird el encargo de publicar el manifiesto y de firmarle, quedando convenida la estipulación.

Tal era el plan de la capilla independiente, con que los abanderados de la rebelión creyeron mover una guerra formidable. Primeramente dió sin duda un golpe grave al corazón del ministro anglicano y de la señora Needle. Más cuando pusiéronse á estudiarlo en detal, el concebido terror se cambió en una sonrisa de desprecio.— Es el disparo de un charlatán, decía el reverendo: el señor Bird imagina poder trasplantar á su patria las ideas que adquirió en América. Allí á cada cuarto de luna puede nacer una secta nueva; si el jefe sabe tocar un poco el tambor, encuentra las capillas atestadas de neófitos ó curiosos. Aquí no hay terreno donde pueda plantarse la viña.

—Yo, añadió la señora, creo conocer á Parque verde, y atrévome á decir que no contiene locos bastantes para sostener una capilla independiente. A lo más, la gente acudirá un poco á verla, como se van á ver las jaulas de las bestias feroces, después buenas noches á los músicos.

—Comprendería, replicaba el cura, que se quisiese abrir una reunión de *bautistas*, de *metodistas* ó de otras sectas de harina *calvinística*, pero una comunidad independiente, que intenta conservar el *Prayer-*

book anglicano, y por añadidura establecer casi el *ritualismo* (esto es lo que se dice á todos en voz baja), es una monstruosidad una quimera, una extravagancia número uno. Hacen hincapié sin duda en los forasteros *puseistas*. ¡Figuraos! Los que están por la crema de la Alta Iglesia, no querán siquiera percibir el olor de esta tontería de Iglesita, ni carne ni pescado, que pretende ser ortodoxa, y se aparta, por lo mismo, de ía Iglesia legal.—

En suma, el talento de *mistress Needle* y la ciencia práctica de su cura, después de maduro exámen, juzgaron la empresa de Bird, como realmente lo era, el *nec plus ultra* del absurdo, y cosa, por tanto, que sostendríase cuatro días, como fantasmagoría buena para complacer á los campesinos. Empero, las cabezas vacías de los jefes del lugar, cuanto más nuevas y extravagantes cosas descubrían, tanto más exaltábanse con la esperanza de atraer gente. Bird no fué perezoso al poner manos á la obra. En breves días hizo destruir cuanto embarazaba lo interior de la casa, arreglar el techo, y fortalecer las cuatro paredes maestras, que se conservaron, consiguiendo un salón en que cabían unas cuatrocientas personas. Después metió den-

tro artistas, á fin de disponerlo todo de manera que pudiese servir para el nuevo uso decidido. No se olvidó el buen hombre de una pequeña habitación donde pudiese acomodarse con su mujer; de nada prescindió á fin de que la cosa de Dios y de su ministro resultase decorosa y provista de lo preciso. Iba repitiendo á los fundadores, un poco preocupados de los dispendios crecientes, que le dejasen obrar, por conocer tales asuntos sin sentir que se gastaran lirras más ó menos: el verdadero secreto de salir bien, según él, consistía en presentar á los fieles una iglesia cómoda y atractiva, de lo que dependía también la seguridad de la suma empleada y de los réditos que deberían percibir anualmente.

Mientras se iba preparando el templo, el ministro popular procuraba con celo proveerlo de parroquianos. Los socios que iban empeñando el dinero con él, hacían lo propio con sus amigos y relacionados. Habíase agregado á ellos, como auxiliar poderosa, la reverenda *mistress Bird*, que también voló para coadyuvar el apostolado de su marido. En cuanto supo que había en su habitación algunas piezas concluidas, fué á ocupar el nido, presentándo-

se con plumas nobles y relucientes, á fin de ser fácilmente recibida en las casas principales. Por su desventura y de otros, era de agradable cara y maneras finas, sabiéndose dar aires de mujer meditabunda, triste y contemplativa, que impresionaban mucho á sus oyentes, á las cuales cazaba. Verlas, engatusarlas y atraerlas, era frecuentemente cosa de una simple visita. Con talante ascético sabía perfectamente magnificar las ventajas de poseer un templo libre de las rancias y grotescas costumbres de la Alta Iglesia, dirigido según el Verbo de Dios y las inspiraciones de los creyentes. Lo calificaba de necesario en Parque verde, donde una mujer prepotente condensaba en sí sola la jurisdicción episcopal y parroquial, llevando de la nariz á un pobre ministrillo, dócil á su voluntad, á quien apuntaba los sermones y conducía de la mano en las funciones eclesiásticas. La valiente *apóstola*, siempre con faz inspirada, descubría los deleites sobrehumanos que anticipan el paraíso al alma que frecuenta un templo donde se honra á Dios con arreglo á sus propias opiniones, sin oír al ministro una doctrina según su propio corazón, añadiendo que no cabe fe ni verdadera piedad cuando se constriñe á la

gente á sufrir un culto conforme con el gusto ajeno, y larguísimos sermones no en armonía con su sentimiento interior. Después de haber tanteado el terreno, entraba en particulares sobre las *convicciones* de su reverendo marido, conformes de todo punto precisamente con las del interlocutor y de la interlocutora. Prometía algo de *metodismo* á unos, algo de *cuaquerismo* á otros, y algo de odio al *romanismo* á los puritanos; á los que se inclinaban á las prácticas del *ritualismo*, más para darse aires de ciudadanos que por sentimiento piadoso, hacía resplandecer la libertad de introducir ceremonias según la escuela de Oxford, ó embellecer el culto con las liturgias últimamente puestas en moda.

La máxima fundamental de su reverendo marido, como precisamente la del doctor Pusey, era, según decía, que importaba en la disciplina ritual seguir el gusto de la congregación.

Con tanto insistir en favor de la flamante iglesia, encendiéronse por fin los hierros de modo tal, que en el día de la apertura el número de los concurrentes resultó mayor de lo que consentía el sitio. El reverendo Bird, que tenía una palabra fácil y elocuente, pronunció la prédica de inaugu-